

Natalia Goncharova:

¿la mujer fatal en la vida de Pushkin?

Anastassia Espinel

¡Oh, mi madona, el modelo del encanto más puro!

Alexander Pushkin

El 27 de enero de 1837, en una gélida tarde de invierno, en un lugar en las afueras de San Petersburgo llamado Chérnaya Rechka (“El riachuelo negro”), una bala disparada de la pistola del emigrante francés Georges d’Anthès puso fin a la vida de Alexander Serguéievich Pushkin, el gran poeta ruso que en aquel entonces tenía tan solo treinta y siete años y se encontraba en pleno apogeo de su gloria y en la cima de su actividad literaria. El motivo del duelo que había causado un golpe irremediable a la literatura rusa era Natalia Goncharova, mujer de veinticinco años, esposa de Pushkin, considerada por sus contemporáneos la mujer más bella de San Petersburgo, quien, al igual que la mítica Helena de Troya, quedó marcada por el resto de sus días con el

sinistro estigma de ser la culpable principal de aquella tragedia.

Para numerosas generaciones de historiadores y críticos literarios la figura de Natalia Goncharova se convirtió en un objeto de interés casi tan grande como su célebre esposo. Algunos investigadores ven en ella una fría beldad mundana, una seductora desalmada y, al mismo tiempo, según la famosa poetisa y escritora rusa Marina Tsvetáieva, una mujer más bien mediocre, “una muñeca, un simple instrumento del destino”¹ que tan sólo “aparecía, resplandecía, rendía a sus pies a todos, desde un liceísta de trece años hasta el mismo emperador Nicolás I, y nada más”². Otros autores, por el contrario, ven en la esposa de Pushkin todo un ángel, una víctima inocente de intrigas ajenas y una mártir destinada a arrastrar por el resto de sus días “la cruz de la memoria de su esposo”³.

Todos estos estereotipos no hacen más que ocultar a una verdadera Natalia Goncharova, mujer de carne y hueso, hija de su época, con sus sueños, esperanzas y frustraciones, una auténtica Musa del más grande de los clásicos de la literatura rusa.

La niñez

Natalia Goncharova nació el 27 de agosto de 1812 en Karian, una finca cerca de Tambov, al sureste de Moscú donde su familia vivía refugiada a causa de la invasión napoleónica. Era sexta hija de Nicolás Goncharov y Natalia Zagriázhszkaya, descendientes de dos linajes pertenecientes a la más rancia nobleza rusa. Los antepasados de los Goncharov, produciendo velas para la nascente armada del zar Pedro I el Grande, amasaron una de las fortunas más grandes de Rusia en los albores del siglo XVIII; en memoria de esto, la mayor propiedad de la familia, una próspera finca en la región de Tambov, se denominaba Polotniániy Zavod, es decir, “la fábrica de lienzos”. El abuelo de Natalia, Afanasi Goncharov, derrochó la mayor parte de los bienes familiares en numerosas fiestas y juegos de naipes, así que al padre de la niña no le quedaban más que los últimos restos del otrora enorme y poderoso imperio comercial: algunas granjas, manufacturas textiles y un criadero de caballos de raza. La ley de

mayorazgo no permitía la partición de bienes familiares, por lo que el único heredero de todo sería Dimitri, el hijo primogénito de los Goncharov, mientras los otros hijos varones, Iván y Sergio, deberían ganarse la vida por su propia cuenta, y las tres hijas, Natalia y sus hermanas mayores Alejandra y Catalina, encontrar esposos adinerados.

La niñez de Natalia no era feliz. Nicolás Goncharov sufría de una enfermedad psiquiátrica, acompañada por frecuentes trastornos de la memoria y repentinos arrebatos de cólera que lo volvían peligroso, al punto que los sirvientes se veían obligados a encerrarlo en sus aposentos por días. Como resultado, no podía ocuparse de los negocios ni del futuro de sus seis hijos. La verdadera cabeza del hogar era su esposa Natalia Zagriázhszkaya, una mujer enérgica, autoritaria, decidida, en ocasiones histérica, e incluso cruel, no solo con la servidumbre, sino también con sus propios hijos. Fue ella quien administró los bienes familiares hasta que Dimitri, su hijo mayor, cumplió la mayoría de edad; pero incluso muchos años después seguía controlando cada paso de su primogénito que nunca se atrevía a cerrar un trato ni firmar una letra de cambio sin la aprobación de su todopoderosa madre. Los otros dos varones, Iván y Sergio, fueron enviados como internos a un colegio militar

porque su progenitora consideraba que la carrera en el ejército era la única opción aceptable para los jóvenes nobles sin fortuna.

En cuanto a las tres pequeñas, según el testimonio de Nadezhda Yerópkina, propietaria de una finca cercana y amiga íntima de los Goncharov, sentían un auténtico pánico frente su severa madre; nunca se atrevían a hablar en su presencia ni a mirarle a los ojos ya que, por cualquier falla, terminaban severamente reprendidas o incluso abofeteadas. Además, la madre les había infundido una obediencia ciega a la moral religiosa y un profundo temor a Dios y a la inminencia del castigo por cualquier pecado; aquella profunda religiosidad distinguiría a las tres hermanas Goncharov del resto de las damas de su círculo.

Según afirmaba la misma Natalia, durante aquellos primeros años de su vida la única persona realmente cercana, tanto para ella como para sus hermanas mayores, era el abuelo Afanasi Goncharov quien, a pesar de su reputación de derrochador y buscapleitos, adoraba a sus nietas, sobre todo a la más pequeña. A pesar de la permanente escasez de dinero, les regalaba muñecas caras y encargaba vestidos, sombreros, zapatos y guantes en las mejores tiendas de moda de París; además, les enseñó a montar los

caballos más briosos de su criadero y a nadar



Alexander Brullov, Natalia Goncharova, 1831, pintura al óleo, sin más datos.

en los estanques del gran parque de su finca que, ante los ojos de las niñas, debería parecer un bosque encantado poblado de criaturas mágicas.

Más tarde, sería también Afanasi quien se encargó personalmente de la educación de sus nietas, contratando a los mejores maestros de idiomas, dibujo, música, baile y ajedrez. A pesar de sus derroches, conservó intacta la magnífica biblioteca de la familia (conservada por varias generaciones) y la dejó en plena disposición de sus nietas. Ya en aquel entonces Natalia no sólo opacaba a sus hermanas con su encanto poco común que,

con el paso del tiempo, se convertiría en una increíble belleza, sino también por aquella

Natalia consistía en una gracia poco común de todos sus movimientos, en su naturalidad, su



facilidad con que aprendía todo lo que le enseñaban sus tutores. Nadezhda Yerópkina caracteriza a Natalia Goncharova en sus años de adolescencia de la siguiente manera:

Todas las niñas de los Goncharov eran encantadoras, pero ya en aquel entonces Natalia sobresalía por su extraordinaria belleza. Criada en el campo, al aire libre, era una muchacha con salud a toda prueba, fuerte, ágil y muy bien formada. Sus ojos alegres y traviosos brillaban bajo sus aterciopeladas pestañas, con tanto ímpetu y vivacidad, que nadie podría quedar indiferente ante aquella mirada. A mi juicio, el encanto principal de

sencillez y ausencia total de afectación. Muchos creían que era coqueta, pero no era cierto. También se equivocaban aquellos que creían que su silencio, modestia y timidez eran señales de su escasa inteligencia porque, una vez superada la turbación inicial, Natalia se convertía en la interlocutora brillante, ingeniosa y más agradable que uno pudiera desear... En breve, era tan encantadora, tan perfecta, que despertaba envidia; he aquí el origen de muchos rumores completamente falsos sobre su conducta 'reprensible'.⁴

De tal modo que, cualquier intento de representar a la esposa de Pushkin como una

mujer vacía, ignorante y completamente indiferente a la pobra poética de su marido resulta inconsistente. Natalia no sólo leía mucho, hablaba con soltura el francés, el inglés y el alemán, sino también sabía de memoria muchos poemas de Pushkin, ya en aquel entonces el poeta más popular de Rusia. ¿Qué sentiría la joven e inocente muchacha mientras recitaba aquellas estrofas o las copiaba en los álbumes de sus hermanas y amigas cercanas? Sin duda alguna, ni siquiera se imaginaba que su destino terminaría unido al del poeta en una apasionante y trágica historia de amor.

El poeta y la musa

Alexander Pushkin conoció a Natalia Goncharova en Moscú, en un baile en diciembre de 1828. Uno de los amigos del poeta le presentó a la hermosa y fresca muchacha de tan sólo dieciséis años, vestida de blanco y con una diadema de oro sobre los exuberantes rizos oscuros. Pushkin quedó encantado, y, a pesar de su reputación de seductor experimentado, “por primera vez se comportó con suma timidez”⁵. Impresionado por aquel encuentro, el poeta escribió en su diario personal: “Ella será el más grande y el último amor de mi vida”⁶.

Poco después, el poeta enamorado pidió la mano de Natalia a su madre, quien no se mostró muy entusiasmada ante la perspectiva de ver a la más bella y prometedora de sus hijas convertida en esposa de un hombre que, a pesar de toda su gloria y talento, tenía la dudosa reputación de buscapleitos, mujeriego y jugador de naipes. Además, Pushkin carecía de estabilidad económica, y era famoso por sus ideas radicales, amistades con los cabecillas de la derrotada rebelión decembrista y por sus serias contradicciones con el mismo zar Nicolás I. No le dio una respuesta definitiva, alegando que su hija aun no estaba lo suficientemente madura para la vida conyugal, y le prometió al poeta que pensaría en su propuesta, si él lograba mejorar su situación económica y reconciliarse con la sociedad.

Aquella incertidumbre duró casi dos años. En 1829, Pushkin partió para el Cáucaso donde en aquel entonces había estallado una guerra con Turquía, para el gran alivio de la madre de Natalia quien, con toda seguridad, acariciaba la esperanza de que una larga separación enfriaría los sentimientos del poeta. Sin embargo, a su regreso a Moscú en la primavera de 1830, Pushkin volvió a pedir la mano de su joven musa. Sorpresivamente, para su severa progenitora, fue Natalia quien se opuso abiertamente a la voluntad materna y la convenció de bendecir su unión con el

poeta. “El matrimonio no es un paso fácil; no se debe pensar que trae sólo la alegría y diversión. Es una obligación muy seria y para toda la vida”⁷, escribió Natalia en su diario poco después del compromiso, mostrando una sorprendente madurez emocional para una muchacha de escasos dieciocho años. A su vez, el mismo Pushkin no trataba de disimular su dicha: “La he amado desesperadamente durante casi dos años, la he buscado siempre, la he bendecido con toda mi alma... ¡Gracias a Dios, ahora es casi mía!”⁸.

El 18 de febrero de 1831, en la iglesia de la Asunción, se celebró la boda cuyos detalles son conocidos para cualquier lector ruso. Un soplo de aire apagó la vela en la mano de Pushkin, y cuando llegó el momento de intercambiar anillos, uno de ellos cayó al suelo. El poeta se inclinó para recogerlo y empujó involuntariamente el atril del cual cayeron el crucifijo y el Evangelio. El rostro de Natalia se tornó tan blanco como su velo nupcial, pues eran señales nefastas. Entre los invitados corrió el humor de que aquel matrimonio sería un desastre, aunque Pushkin, resplandeciente de felicidad, parecía no ver ni oír nada. En una carta dirigida a su amigo P. A. Pletnev, el poeta escribió:

“Por fin estoy casado y feliz como nunca, así que no espero de la vida nada más. Mi esposa es un encanto; a medida que pasa el tiempo,

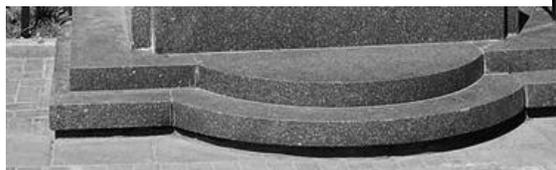
más amo a esta criatura inocente, pura y tierna. En realidad, creo que soy indigno de ser esposo de semejante mujer”⁹.

Pero por muy romántica que fuera aquella unión, el joven matrimonio tenía que enfrentar numerosos problemas cotidianos, más que todo de carácter económico. Tres meses después de la boda, los Pushkin dejaron Moscú y se trasladaron a San Petersburgo donde el poeta ingresó en la Cancillería de Asuntos Exteriores. Su salario de empleado público era modesto, así que la casa de los Pushkin no era lujosa, pero, como señalaban los amigos de la familia, alegre y acogedora, porque “allí anidaba el amor”. La familia crecía rápidamente. Ya en 1832, un año después de la boda, nació María, la primogénita de los Pushkin; luego nacieron Alexander (1833), Gregorio (1835) y Natalia (1836). Además, con los Pushkin vivían las dos hermanas solteras de Natalia que se habían trasladado a San Petersburgo donde existían mejores posibilidades de encontrar buenos partidos entre los funcionarios de la corte y oficiales de la guardia imperial.

Sin embargo, a pesar de la difícil situación económica de la familia y de la crianza de sus cuatro hijos, Natalia no tardó en convertirse en una de las mujeres más populares de los salones más elegantes de San Petersburgo y



Pushkin y Natalia Goncharova en la calle Arbat, Moscú.



de la corte, ya que el mismo emperador Nicolás I, el frío y seco “Zar gendarme”, parecía estar encantado con la joven esposa de Pushkin. Numerosos retratos de Natalia evidencian que los frecuentes embarazos no disminuyeron en absoluto su célebre belleza sino, por el contrario, le otorgaron un nuevo matiz más maduro y femenino, mientras sus habilidades de bailarina la convirtieron en una auténtica estrella de las fiestas de la corte. A diferencia de Natalia, el mismo Pushkin no era amante de los bailes ni de otras diversiones mundanas; no obstante, entendía que su esposa, trece años más joven que él,

quería compensarse a sí misma por los tristes años de su niñez y juventud temprana, por lo que le perdonaba su vanidad femenina e inocente flirteo con otros hombres, el atributo indispensable de aquellas fiestas de la corte.

En 1834, Pushkin fue nombrado gentilhombre de cámara por iniciativa personal de Nicolás I. Aquel nombramiento, propio para gente joven, más que un mérito, le pareció al poeta una verdadera humillación. Según Marina Tsvetáieva, “Nicolás I mimaba a Pushkin como se suele mimar a una fiera peligrosa que en cualquier momento puede atacar. Lo encerró en una jaula dorada; le concedió el uniforme de gentilhombre en vez de darle lo que el poeta realmente necesitaba: permitirle salir al extranjero, desplazarse libremente por toda Rusia u obtener el libre acceso a los archivos”¹⁰.

Al mismo tiempo, en la sociedad capitalina de una vez comenzaron a circular los rumores de que tras el nombramiento de Pushkin se ocultaba el interés personal del Zar de tener en todos sus bailes y ceremonias a la encantadora mujer del poeta, cuya belleza le había hecho perder la cabeza. Un pasquín anónimo, titulado el “Manifiesto del cornudo” nombra a Pushkin “el gran maestro e historiógrafo de honor de la orden de los cornudos”. ¿Qué tan ciertos eran todos

aquellos rumores? Evidentemente, la belleza de Natalia y su éxito en la corte despertaban envidia de muchos, hasta tal punto que “cualquier palabra imprudente, cualquier gesto erróneo de ella se convertían enseguida en un blanco de toda clase de chismes y comentarios sarcásticos; lo que se perdonaba a cualquier otra, no se le perdonaba a ella”¹¹. El mismo Pushkin jamás dudó de la fidelidad de su esposa, pero el mal humor del poeta y toda aquella indignación ante la inmoralidad de la corte aparecen reflejados en su diario y sus cartas de aquel período. Detestaba la corte con sus interminables fiestas y recepciones, a las que a menudo no asistía, alegando supuestas enfermedades y, aun más, toda aquella censura que atenazaba todos sus escritos, incluidas sus cartas íntimas: “Ahora escribo, sobre todo, para mí y sólo publico en caso de necesidad, por dinero... Hubo un tiempo en que la literatura era una ocupación noble y aristocrática. Ahora se ha convertido en un rastro...”¹².

Así, mientras Pushkin anhelaba vivir lejos del ajetreo de la corte, plenamente dedicado a su familia y sus escritos, Natalia deseaba todo lo contrario. Sin embargo, aquellas discordias entre esposos no enfriaban sus sentimientos. Las cartas de Pushkin a Natalia, escritas durante el viaje del poeta por las provincias de Kazán y Oremburgo donde recopilaba los

datos históricos para su novela *La hija del capitán*, reflejan el profundo amor que siente por ella y la intensidad de la lucha interna entre aquel amor y su vocación de escritor: “¡Mi querido ángel! Te había escrito una carta larga de siete páginas, pero era tan seca y amarga, que no te la he enviado ni te he escrito otra. He caído, ahora definitivamente, en la hipocondría. Es triste estar lejos de ti y no poder decirte todo lo que siento...”¹³.

La tragedia

El nombre de Georges d’Anthès, el personaje fatal en el destino de Pushkin, se menciona por primera vez en el diario del poeta en enero de 1835: “Creo que ya he hecho bastante con aceptar el nombramiento de gentilhomme, para tener que ver a mi esposa constantemente cortejada por aquel hombre”, escribió el poeta tras haber contemplado con forzada indiferencia, desde un rincón apartado del Palacio Anichkov, cómo Natalia bailaba con aquel apuesto francés.

¿Quién era en realidad aquel d’Anthès? Nació en Alsacia en 1812, en el seno de una familia noble, pero empobrecida y, como la mayoría de los aristócratas sin fortuna de su época, intentó hacer carrera militar. Tras el derrocamiento de los Borbones en 1830,

d'Anthès, como muchos otros partidarios de la monarquía, abandonó Francia y emigró, primero a Prusia, y posteriormente a Rusia. Gracias al patrocinio del barón Jacobo van Heeckeren, el embajador holandés en la corte rusa quien lo adoptaría como hijo, el joven inmigrante pudo ingresar en el regimiento de caballería de la guardia imperial, y pronto se convirtió en un personaje sumamente popular de las fiestas de la corte. Alto, rubio, elegante, de impecables maneras, no tardó en ganarse la reputación de rompecorazones y seductor de las mujeres más virtuosas de la capital rusa. Al parecer, no eran más que simples aventuras fugaces y romances pasajeros, hasta que en su camino apareció la esposa de Pushkin.

Al comienzo, Natalia no otorgó importancia al cortejo de D'Anthés, uno de tantos admiradores que la rodeaban en todas las fiestas de la corte, pero con el paso de tiempo la importunidad del francés se hizo tan abrumadora y sus intenciones tan evidentes, que el mismo Nicolás I y su esposa Alejandra, consideraron preciso advertirla que las consecuencias de aquel flirteo podrían resultar fatales. Una tal Mary Marder, una de las damas de honor de la emperatriz, escribió en sus memorias:

En el baile del 5 de febrero de 1836, me encontré con D'Anthés y lo saludé con amabilidad, pero él ni siquiera me vio. Sus ojos recorrían desesperadamente a todos los invitados como si estuviera buscando a alguien. Luego, desapareció en la sala contigua y pronto salió de allí en compañía de la señora de Pushkin. Ella tenía el rostro ruborizado y cabeceaba negativamente como si acabara de escuchar algo indecente mientras d'Anthès la miraba suplicante. '¡No, usted no puede tratarme así!' —exclamó él en voz alta, haciendo caso omiso a la presencia de los demás—. Media hora después, cuando decidí retirarme, volví a verlos. Ahora estaban bailando mazurca y parecían felices. En realidad, nunca he podido entender qué relación pudo haber existido entre ellos.¹⁴

Parece inconcebible que, tras haber recibido de Natalia un rechazo tajante, d'Anthès se apresuró a proponer matrimonio a Catalina Goncharova. Aunque Natalia intentó disuadir a su hermana de unir su vida a la del disoluto francés, Catalina, que a sus veintiocho años se sentía desesperada por su soltería, no quiso escuchar aquellos consejos. El compromiso, y posteriormente la boda, de d'Anthès con la cuñada de su rival, celebrada el 10 de enero de 1837, provocaron una nueva explosión de chismes palaciegos. Se rumoreaba que el rechazado admirador de Natalia se había



ISBN 0124-0854

Nº 185
Marzo
de 2012

mismo, si volvía a ser rechazado. A lo que Natalia había respondido que preferiría morir antes que mancillar su fidelidad conyugal y había salido indignada. Después de semejante confesión, Pushkin, furioso, envió a Heeckeren una carta en la cual lo comparaba con “una vieja alcahueta” y exigió a d’Anthès que respondiera como un hombre por su infamia.

casado con su hermana, únicamente para poder visitar a su verdadero amor en calidad de cuñado, sin despertar sospechas. El mismo Pushkin, en vez de felicitar a Catalina, le expresó sus condolencias y caracterizó aquel matrimonio como “resultado de artimañas viperinas de dos canallas, unidos por el vicio”, insinuando las intrigas de d’Anthès y Heeckeren, o tal vez la supuesta relación homosexual entre ambos, de la cual se hablaba en la corte. Lejos de solucionar el conflicto, la boda tan solo aplazó el trágico desenlace de aquella historia.

El 25 de enero de 1837, Pushkin recibió una carta anónima que le informaba sobre un encuentro secreto entre su esposa con d’Anthès. El poeta la mostró a Natalia, exigiéndole explicaciones; ella confesó que d’Anthès, con ayuda de Heeckeren, realmente la había atraído con engaño a la casa de una amiga común donde le había declarado su amor y había amenazado con suicidarse allí

El 27 de enero sucedió el fatal duelo. Herido en el vientre, Pushkin sufrió una agonía atroz, y dos días después murió entre los brazos de su amada Natalia. No la culpó de lo ocurrido, tan solo le pidió que cuidara de sus hijos y, transcurrido el plazo de luto, se volviera a casar “con algún hombre honesto”.

Ivan Makarov, *Natalia Alexandrovna Pushkina*, hija de Pushkin, 1849, Museo Pushkin

La muerte de Pushkin fue para Natalia un golpe durísimo. Durante los primeros días, no hizo más que “llorar y temblar” y, como consecuencia de aquel trastorno, sufriría fuertes espasmos musculares por el resto de su vida. A pesar de aquel estado parecido al choque, la joven viuda tuvo suficientes fuerzas para encargarse personalmente del entierro. Temeroso de que el funeral del poeta más grande de Rusia pudiera convertirse en una manifestación política, Nicolás I ordenó que el cuerpo fuera trasladado en secreto, al

amparo de la noche, al convento de Sviatogorski, en Mijáilovskoye, la propiedad familiar de los Pushkin lejos de la capital. Natalia se sometió a la voluntad del soberano, pero en el último momento insistió en que el poeta fuera sepultado vestido de civil, y no de aquel uniforme de gentilhomme de cámara que tanto había detestado. A la ceremonia del entierro asistieron únicamente los familiares y amigos más cercanos del difunto.

En la prensa oficial no apareció una sola palabra sobre la trágica muerte de Pushkin. Solo el joven poeta Mijaíl Lérmontov publicó un poema titulado “La muerte del poeta”, una mezcla de elegía con panfleto político que termina con unas palabras realmente proféticas:

*Sabed, hijos de la lujuria,
Que la justicia divina los aguarda.
De nada les servirá su habitual blasfemia
Y toda vuestra sangre negra
No podrá lavar la sagrada sangre del poeta.*

Otro valiente resultó ser el famoso crítico musical Vasili Odóyevski, quien publicó en el suplemento literario *El inválido ruso* un pequeño homenaje que decía lo siguiente: “El sol de nuestra poesía se ha eclipsado. ¡Pushkin ha muerto! Muerto en la flor de la vida... Nuestro poeta, nuestra alegría, nuestra gloria nacional... ¿Será verdad que ya no está

entre nosotros?”¹⁵. Después de aquellas publicaciones, a Lérmontov lo expatriaron al Cáucaso y *El inválido ruso* fue clausurado inmediatamente.

D’Anthés y Heeckeren no sufrieron castigo alguno, salvo ser expulsados de Rusia. A Catalina, una víctima inocente, ya embarazada, le tocó seguir a su esposo a Francia. Jamás volvería a relacionarse con Natalia ni con sus otros hermanos, ni volvería a pisar el suelo ruso; moriría a la edad de 34 años, en el parto de su quinto hijo, en la ciudad francesa de Soultz-Haut-Rin, lejos de su tierra natal.

Después de Pushkin

Incluso en aquellos días trágicos, algunos de los detractores de Natalia divulgaban los comentarios de que todo su desconsuelo no era más que apariencias y que la joven viuda no tardaría en encontrar un nuevo esposo. Pero la conducta de Natalia demostró todo lo contrario. Poco después del entierro, ella y sus hijos abandonaron San Petersburgo y se instalaron en Polotniániy Zavod, la hacienda de los Goncharov lejos de la capital. Durante todo aquel tiempo, Natalia casi no apareció en público, salvo en algunas ocasiones cuando iba a la iglesia a rezar por el alma de Pushkin,

rodeada de sus hijos, y siempre vestida de luto.

Sólo en 1844, siete años después de la muerte de Pushkin, Natalia puso fin a su luto y a su viudez, casándose con el general Pedro Lanskoi, comandante de un regimiento de caballería de la guardia imperial. A sus cuarenta y cinco años, Lanskoi tenía fama de un solterón convencido, pero, apenas conoció a la viuda de Pushkin, aquella extraordinaria mujer que, a pesar de sus treinta y dos años (edad bastante avanzada para la época), y sus numerosas desgracias, aún tenía fama de ser la más hermosa de toda Rusia, decidió acabar con su soledad de una vez y para siempre. A Natalia la atrajo de él, aquel amor incondicional que demostraba, no solo a ella sino también a sus hijos.

De su nuevo matrimonio, Natalia tuvo otras tres hijas: Alejandra, Sofía e Isabel. “Criar hijos es mi verdadera vocación —escribía en su diario—. No sólo los amo y los educó, sino que también trato de entenderlos, pues los padres tenemos que aceptar que los jóvenes jamás van a pensar igual que nosotros”. Sin embargo, a pesar de aquella armonía familiar, la herida en el corazón de Natalia no se cicatrizó nunca, tal como lo evidencian las

memorias de Alejandra, la hija mayor de los Lanskoi: “Año tras año, cuando llegaba el 27 de enero, mamá se vestía de negro, iba a la iglesia y luego se encerraba sola en su habitación por el resto del día. Mis hermanos y yo jamás interrumpíamos aquel retiro, al igual que papá, quien siempre trataba a mamá con mucho tacto, entendiendo que el único alivio para ella en estos momentos eran las oraciones”¹⁶.

En el otoño de 1863, en Moscú nació el primer nieto de Natalia llamado Alexander en honor a su abuelo cuya memoria ya se había convertido en una leyenda. Natalia, quien en aquel entonces residía con su esposo en San Petersburgo, partió para Moscú para asistir a la ceremonia de bautizo. En su viaje de regreso contrajo un fuerte resfriado que se trocó en una pulmonía y falleció en su casa en San Petersburgo el 26 de noviembre de 1863. Fue enterrada en el cementerio de San Lázaro, cerca de la catedral de Alejandro Nevski; quince años después, sus hijos enterrarían allí mismo a su segundo esposo Pedro Lanskoi y elevarían en honor a ambos un modesto sepulcro de mármol negro que se preserva hasta ahora.



Natalia Goncharova vivió cincuenta y un años

Ivan Makarov, *Natalia Nicolaevna Goncharova, esposa de Pushkin*, 1849, óleo sobre lienzo, Museo Pushkin.

y solo seis de ellos transcurrieron al lado de Pushkin. Sin embargo, pasó a la historia como la esposa de Pushkin y la mujer más importante en la vida del poeta.

Referencias

- ¹ Tsvetáieva, Marina, *Natalia Goncharova*, Madrid, Era, 1965, p. 44.
- ² *Ibíd.*, p. 41.
- ³ Obodóvskaya, I., Deméntyev, M. (*Tras la muerte de Pushkin*), Moscú, Sovetskaya Rossia, 1980, p. 24.
- ⁴ Kunin, V., (*Los amigos de los Pushkin*), Moscú, Pravda, 1986, p. 197.
- ⁵ Kuznetsova, A., (*Mi madona*), Moscú,

Sovetskiy Pisatel, 1987, p.23.

⁶ *Ibíd.*, p.24.

⁷ *Ibíd.*, p.40

⁸ *Ibíd.*, pp.40-41

⁹ Kunin, V., op. cit., p.88.

¹⁰ Tsvetáieva, M., op. cit., p.40.

¹¹ Stark, V., (*Natalia Goncharova*), Moscú, Molodaya Gwardia, 2009, p.112.

¹² Kunin, V., op. cit., p. 200.

¹³ Kuznetsova, A., op. cit., p.59.

¹⁴ Kunin, V., op. cit., p. 213.

¹⁵ Odóyevski, V., (*Homenaje al poeta*), San Petersburgo: Russkiy Arjiv, 1863, p.67.

¹⁶ Kuznetsova, A., op. cit., p.78.

*La autora tradujo los títulos de las obras aquí referenciadas al español, pero se trata de bibliografía disponible en ruso.

Anastassia Espinel Souares es una historiadora y novelista rusa residente en Colombia desde 1998.

Profesora en la Escuela de Historia de la Universidad Industrial de Santander, autora de una serie de artículos de temas históricos publicados por diferentes revistas, entre ellas la *Revista Universidad de Antioquia*, escribió este artículo para la *Agenda Cultural Alma Máter*.